

desde la infancia, con pasiones fogosas, he sido arrastrado, y no podeis figuraros, Ellen, cuán fáciles son los primeros pasos en esa vía, y cuán difícil el volver atrás. Os ví y os adoré; para obteneros era preciso ser rico, y lo fui; pero otros mas ricos que yo querian pedir vuestra mano, y vuestros parientes me rechazaron. ¡Perderos, Ellen! ¡Veros en brazos de otro! Antes morir mil veces... Mal les fué á los que quisieron ponerse entre los dos, lo mismo que, lo juro por el infierno entero, sucederá al infame traidor, al miserable que nos ha separado.

Mientras que Hugh hablaba así, Ellen le miraba; la cólera, el desprecio hacian lugar á la dulce piedad, al amor, á la dicha de ser adorada con tanta pasión. El Lawlor se habia apoderado de su mano, sus ardientes miradas buscaban las suyas que aun le esquivaban.

—Mi perdon, Ellen... ¡que lo oiga de vuestra linda boca! Esposa de un proscrito, ¿le perdonareis el haberse perdido y el haberos perdido con él?

—¡Dios mio! yo tiemblo... si esos hombres sedientos de vuestra sangre os sintiesen!...

—¡Una hora á vuestro lado, Ellen! ¡Una hora sola á fin de que tenga valor para poder vivir, y que pueda llevarme dicha bastante para tanto tiempo como estaré sin veros!

—¡Huid, Hugh! por favor, por piedad, que no os cojan ante mis ojos, ¡evitadme al menos ese suplicio!

—No me rechazais, Ellen, ó permaneceré aquí; que vendrán los que quieran prenderme y vendrán enhorabuena.

—¡Hombre implacable! ¿cómo podeis ser tan cruel conmigo?

La ventana solo se elevaba del suelo muy pocos pies, Ellen solo resistía débilmente. De pronto, en medio del silencio que la noche habia estendido en los campos, se dejó oír un ruido sordo á lo lejos. El Lawlor pegó un vigoroso salto á la ventana; Ellen ahogó un grito de espanto, y se cerró con precaucion la ventana, quedando toda la casa de Davy Nugent en el mayor reposo y oscuridad.

El ruido que los dos amantes habian oído era el que hacia una partida de la policia, que bajo el mando del gefe de los constables se dirigia con precaucion á Varna. El gefe solo iba á caballo; un hombre liado en una especie de manta, el sombrero caído sobre los ojos, iba á su lado tropezando y sirviéndole de guia.

—¡Mal haya sea! Ese pícaro relincho va á dar la alarma; maldito animal. Por vida de los diablos, no veo á dos pasos de distancia... Se parece esta noche á aquella... ¡Oh! ¿qué iba á decir?

—Es el whiskey que habeis bebido, Tom Bush, el que os ha mareado la vista, le respondió el constable.

—¡El whiskey! sin duda, nunca en mi vida he bebido tanto como desde que estoy en casa del mayor Walker. ¡Quién sabe!... tal vez habria hecho mejor en no poner allí nunca los pies.

—¿Qué quereis decir? ¿olvidais la recompensa que os ha sido prometida?

—¿Y quién sabe lo que otros me preparan?... Oid... ¿no es el chillido de la lechuza? esta es la segunda vez que la oigo esta noche... Por mi parte no iré mas adelante, ya estais á la vista de Varna, acabad vuestro negocio sin mí.

—¿Pero estais seguro de haber visto bien al hombre en cuestion?

—Seguramente que lo he visto, se deslizaba por allá, bajo

los árboles; ¡por los diablos! él era y en Varna le encontrareis de seguro.

—¡Será verdaderamente posible que haya cometido esa imprudencia!... Vamos, camaradas, adelante... quedaos aquí, Tom Bush, puesto que así lo quereis, y esperadnos.

Bush no respondió nada, dejándose caer al pie de un árbol murmurando algunas imprecaciones, y pronto sus ojos medio cerrados por la embriaguez se entregaron á un profundo sueño, alegre y triste á un tiempo por haber entregado al fin al Lawlor á la venganza de la ley.

La pequeña partida no estaba ya sino á muy corta distancia de Varna, é iba á dejar el camino para tomar la alameda que allá guiaba, cuando el gefe de la expedicion notó una forma humana, casi oculta en la sombra de un matorral, y que estaba inmóvil. Se detuvo, echó pie á tierra, y acercándose á este ser singular, conoció que era una vieja con el traje de los campesinos del país.

—¿Quién sois? ¿qué haceis ahí á semejantes horas? le preguntó.

—¡Ah! ¿quién he de ser yo sino la pobre Nansa, la que echa la buena ventura? ¿y en qué he de pasar la noche sino en recoger ramas secas y yerba para mi vaca. (Dios me la conserve) á los bordos del camino?

La pobre muger abrió en efecto el delantal, y el constable vió en él una buena provision de yerba y de ramas secas.

—Y ahora, señor ¿me puedo ir?

—Antes teneis que responderme á una pregunta. ¿Cuánto tiempo hace que estais ahí?

—Dios mio, ya hace bastante tiempo, tal vez una ó dos horas.

—¿No habeis visto pasar á algun forastero por vuestro lado?

—¿Algun forastero? No quisiera engañaros, pero me parece que alguno ha pasado por aquí y ha entrado en Varna.

—¿Quién era? ¿qué especie de hombre es el que habeis visto?

La vieja pareció dudar un momento, y por fin respondió guiñándole los ojos:

—Ya sé yo á quién quereis atrapar, ¿qué me dareis si lo digo todo?

—Sereis generosamente recompensada; pero hablad, cada segundo que se pierde vale una libra esterlina.

—¡Hum! veinte libras de las cuatrocientas no será demasiado, supongo... ¿eh?

—¡Veinte libras! Corriente, las tendreis... Es él.

—¿He dicho veinte libras? que su señoría, que parece muy equitativo, añada solamente cinco mas, solo cinco mas, y digo mi secreto.

—¿Veinte y cinco libras? sea; pero hablad pronto, ó si no os dejo.

—Vamos, vamos, no se impaciente su señoría... he visto al que buscáis, al Lawlor... le he distinguido bajo la ventana de Ellen Nugent... ha entrado en su cuarto... apenas el reloj habia dado las diez.

—¿Las diez? ¡por vida de!... Debe haberse marchado hace tiempo. Veamos, sin embargo, y registremos la casa.

—El Lawlor no se ha marchado, al menos por aquí... prometeme siquiera treinta guineas (1), y os diré con exactitud si está allí ó no.

(1) Guineas, moneda imaginaria en el día, cuyo valor equivale á 100 rs. de la nuestra.



—¡Treinta diablos mas bien, que carguen contigo!... ¿Qué vamos á hacer? Una alarma falsa é inútil hará imposible en adelante su captura; él naturalmente se guardará de volver á la ratonera... Decidme, Nansa, ¿cómo vais á ejecutar lo que ofreéis?

—¡Eh! iré á llamar á la puerta, y pediré cualquier cosa para un enfermo... ¡Oh! estad seguro, señor, que le abrirán á la vieja Nansa; y luego, miss Ellen, ¡pobrecilla! ¿no ha de venir ella misma á saber lo que necesito? Y caso de que no venga, si la puerta de su cuarto permanece cerrada, ¿no he de saber yo adivinar lo que eso significa?

—¿Y despues?

—Despues... saldré, os haré seña, y si no lo atrapais... su señoría no merece seguramente su buena reputacion.... ¿Pero no faltarán las treinta guineas para la pobre Nansa? no puedo vender mas barata mi alma.

—Corriente... Id ahora y no perdais un instante.

El gefe de los constables dispuso su gente con el mayor sigilo alrededor de la casa, especialmente bajo las ventanas que daban al jardín, y él mismo se colocó á algunos pasos de la entrada principal. Durante este tiempo Nansa llamó resueltamente á la puerta de la granja, una voz le respondió de adentro, y despues de un interrogatorio á que la vieja contestó sin duda de un modo satisfactorio, fué admitida en el interior, cerrándose tras ella la puerta y volviendo la casa al silencio y al reposo.

Las minuciosas precauciones del gefe de los constables se esplican muy fácilmente; creia su honor comprometido en la captura de este delincuente por quien además el condado habia ofrecido duplicar la suma prometida por el gobierno.

Pasáronse diez minutos esperando, y ningun ruido se percibía en la silenciosa casa; profunda oscuridad la cercaba por todas partes; por fin, se abrió de nuevo la puerta y se vió salir á la vieja Nansa. A unos cinco pasos levantó la mano haciendo señas de que el Lawlor estaba dentro, y encargando el silencio se metió por el bosquecillo perdiéndose entre los árboles. Al instante dió la seña el gefe de los constables, su gente estrechó el círculo formado alrededor de la casa y los ordinarios requerimientos en nombre de la ley fueron hechos. A los golpes que daban en la puerta se despertó Davy Nugent sobresaltado, y una vez asegurado de la mision y calidad de los agentes de policía se dispuso á recibirlos. Su gefe se adelantó como lebre que ha dado en el rastro, y de pronto se dirigió al cuarto de Ellen, cuya puerta permanecía cerrada por dentro. Rehusaban abrirla y fué derribada. Ellen estaba sola, de pie, apoyada en el respaldo de una silla; los labios apretados, pálida, ojos brillantes de una luz sombría, seguian los movimientos de aquellos hombres que invadían su cuarto, como una tímida corza espantada por los sabuesos.—¿Se habia escapado el Lawlor? Los centinelas colocados en el exterior aseguraban que ninguna ventana se habia abierto; siguieron su registro. El cuarto tenia una pequeña alhacena practicada en la pared, se cerró y allí vieron una persona escondida en un rincon con una fisonomía toda arrugada y espantosa con dos ojos que brillaban como carbunclos y bajo un monton de vestidos de hombre.

Era la vieja Nansa.

—¡Prended á esta muger! gritó el gefe de los constables engañado, es cómplice del Lawlor..... ¡se ha escapado!

—¡Eh! Creo que ya mediarán mas de dos largas millas entre un pobre hombre y su señoría... ¡Oh! ¿Creiais por ventura que habria yo de vender la sangre de mi querido hijo de leche? ¡Hijo mío, Dios lo bendiga! ¡Tantas veces como lo he tenido en mis brazos! ¡No... no... viva el Lawlor, y vaya al diablo vuestra ley!...

Mientras estos acontecimientos tenian lugar en Varna, Tom Bush dormia con toda la pesadez que es consecuencia de la embriaguez; la percepcion de un sufrimiento agudo la despertó; al abrir los ojos vió en su rededor seis hombres enmascarados que silenciosamente se apoderaron de él. Medio incorporado sobre el codo y casi sin haber recobrado sus sentidos, interrogaba con una mirada espantada aquellas caras negras vueltas hácia él y que permanecian mudas y amenazadoras. Se dejó poner una mordaza, atar las manos y llevar sin hacer la menor resistencia; los vapores alcoholicos se disipaban gradualmente, le volvía la razon é iba comprendiendo su triste suerte.

Los *whiteboys*, pues eran ellos, anduvieron toda la noche, atravesaron montañas y barrancos, entrando despues en los pantanos donde serpentean mil senderillos, que se cortan en todos sentidos, unas veces se hallan trazados sobre un terreno movedizo que tiembla bajo los pies; otras bordean tambien, lagunas de agua detenida y fétida. Para guiarse en esta especie de laberinto, para evitar los numerosos hoyos ocultos por engañadora vegetacion á la vista es necesario conocerlos perfectamente. Los que llevaban á Tom Bush proseguian, sin embargo, sin dudar su camino en medio de la oscuridad. Mientras mas adelantaban mas difícil se hacia el camino; por fin, despues de mil vueltas llegaron á un punto central en cuyo derredor crecian juncos, sauces y plantas acuáticas. Allí encontraron encendido un fuego de turba y algunos hombres sentados en derredor cuyas figuras casi se ocultaban entre los torbellinos de humo que la fogata despedía.

Bush reconoció el sitio habitual en que se reunian los rockistas. Al pasar habia lanzado una mirada aterrada á un sitio del pantano en que el terreno vuelto líquido, medio agua y medio fango, sabia él que su profundidad era desconocida; ¡sitio fúnebre que habia ahogado mil gritos de agonía y tragado tantas existencias! Por grande que fuese su secreto terror, ponía todo su cuidado el vagamundo en ocultarlo; á falta de conciencia la vanidad sostenia su valor; se resignaba á morir, pero no á parecer cobarde. Habiéndose por fin, detenido los que le llevaban, todos formaron círculo, y una voz que creyó él haber ya oído otra vez, empezó el interrogatorio: lenta y solemne, no revelaba ni cólera ni compasion, era tranquila é implacable como la ley. Era imposible negar y pronto quedó Tom Bush, por confesion propia, convicto de haber faltado á su juramento y hecho traicion á sus hermanos; en seguida todos aquellos enmascarados se consultaron entre sí un breve rato, y la misma voz que habia ya hablado, pronunció la sentencia de muerte; pero no la muerte con el hierro ó la cuerda; el sentenciado no debía ni ser suspendido entre el cielo y la tierra, ni manchar con su sangre el suelo; debía perecer en el fango líquido del pantano, hundirse en él poco á poco por sus propios esfuerzos para salir, sentirse hundir en su fria tumba y bajar á ella vivo en medio de los mas horribles tormentos.

Pronunciada esta irrevocable sentencia, el gefe que pre-



sidia la asamblea se acercó á Tom Bush, y levantando su máscara enseñó según costumbre al vagamundo una fisonomía que solo debía ver en este supremo instante, y que sin embargo, él había ya visto en otras circunstancias. Aquellas facciones, aquellos ojos, aquella mirada, eran los del caballero, los de aquel ginete que había acompañado á Varna, y el caballero era el capitán Rock en persona.

Los preparativos del suplicio se hicieron con rapidez, pues el día apuntaba ya. Una ancha tabla fué colocada sobre la superficie del pantano en el sitio que Tom había reconocido al pasar; atado de pies y manos y una mordaza en la boca, el condenado fué empujado sobre este puente fúnebre que iba á ser retirado cuando pasase.

En presencia de la muerte recobró Bush toda su salvaje energía, brincó como una fiera, hizo inauditos esfuerzos con sus robustos miembros para romper sus ligaduras, roncó sonidos salían de su pecho y un sudor sanguinolento bañaba su cuerpo; pero sus ataduras eran demasiado sólidas y los brazos de sus verdugos sobrado vigorosos! Sus esfuerzos apresuraron su caída... cayó en un sitio en que el fango un poco mas sólido ofrecía alguna consistencia, y por tanto su agonía debía ser mas lenta y mas horrorosa. Al cabo de pocos momentos la parte inferior de sus miembros empezó á desaparecer; el cenagal conmovido por tan violenta caída hasta su profundidad dejó percibir sonidos sordos, se dilató y fué absorbido para tragar su presa.

Jamás descripción alguna podría espresar el horror de semejante suplicio, ni la rabia y angustias del condenado. El capitán y su gente se dispersaron y al levantarse el día solo alumbró la desolada soledad; en este momento el Lawlor que había arrojado sus vestidos de muger apareció en la revuelta de uno de aquellos senderos de que está sembrado el pantano. El espectáculo que se le ofreció á la vista le hizo retroceder horrorizado; el desgraciado Bush solo tenía ya la cabeza fuera del lodazal, el fango penetraba en su entreabierta boca, sus ojos como dos ascuas lanzaban sobre su enemigo una mirada indefinible, una mirada desgarradora, que no pudo sostener Hugh, pues se cubrió la cara con sus dos manos. Cuando al cabo de un minuto se atrevió á mirar al sitio en que estaba el vagamundo, ya no le vió; el abismo acababa de cerrarse, solo amarillentas ondulaciones en la superficie, testificaban de una lucha interior que lo conmovía profundamente;... poco á poco volvió á aparecer la superficie tersa y tranquila como antes, y el pantano volvió á su letárgico reposo.

El desenlace de esta historia fué tan rápido como lamentable. Ellen cuya salud había recibido tan rudos ataques y á quien tantas conmociones habían postrado, cayó enferma y pronto se desesperó de su existencia. La vieja Nansa, que no sufrió sino una detención preventiva, y puesta en libertad por falta de pruebas, iba y venía por toda la granja, la pobre Ellen quería sin cesar verla y hablarla reservadamente. La policía, picada por el chasco sufrido, redoblaba su vigilancia, la granja estaba día y noche espiada, varias veces las gentes emboscadas creyeron percibir en la oscuridad una forma humana, orando en los alrededores; pero los esfuerzos hechos para apoderarse de este ser misterioso fueron inútiles.

Ellen Nugent, se extinguió dulcemente en los brazos de su padre, murmurando un nombre que nunca cesó de repetirse á sí misma, y el anciano Davy Nugent condujo á la úl-

tima morada el cuerpo de la que debía haberle cerrado los ojos. Nansa permaneció hasta la noche arrodillada junto á la tumba. Cuando se hubo retirado y las sombras de la noche bajaron sobre la tierra, el Lawlor escaló las tapias del sagrado recinto. Lívido, descarnado, avejentado por la desgracia y los remordimientos, se arrojó al suelo en que descansaba la muger que tanto había idolatrado, la imploraba con lágrimas y comprimidos sollozos, la daba los nombres mas tiernos y la prometía seguirla.... A la mañana siguiente, antes de la aurora, la anciana Nansa, que había vigilado toda la noche, entró en el cementerio, para saber qué había sido de su amo, y para hacerlo huir. Lo encontró tendido la cara en tierra sobre la tumba de Ellen Nugent, estaba inmóvil y parecía dormido, lo llamó, lo tocó y no se movió... estaba muerto.

M. T.

MONTE SAN BERNARDO. Esta montaña, arrojada, por decirlo así, sobre las otras montañas, llevaba en otro tiempo el nombre de *Monte de Júpiter*. Algunos siglos después del nacimiento del cristianismo, un sacerdote llamado Bernardo, natural del valle de Aosta, derribó un ídolo que reverenciaban sobre la montaña, y fundó allí un convento, ó mas bien un hospicio para los viajeros. Fieles al espíritu de humanidad que impulsó al autor de aquella fundación, los religiosos que le han sucedido acogen á todos los viajeros, cualquiera que sea su profesión y clase, y lo que es mas noble, cualquiera que sea la religion que profesen. Los religiosos no ven en los viajeros sino hombres que tienen necesidad de socorro y de asilo. El hospicio es muy extenso, y puede contener hasta seiscientas personas. El cuidado y los auxilios de los religiosos que lo habitan, preservan frecuentemente de la muerte á los viajeros que atraviesan aquel monte.

## ASTRONOMIA.

La pobreza imposibilita al genio para desarrollarse y tener éxito, ha dicho Bernardo Palissy; y es una triste verdad. Sin embargo, hay vocaciones, que por la naturaleza misma del objeto á que se dedican, encuentran menos obstáculos, y de este número es la que conduce al estudio de la astronomía. Efectivamente, el magnífico espectáculo que nos presenta la bóveda celeste, es muy apropiado para despertar las facultades que atraen los puros goces de esta ciencia sublime. Alemania, sobre todo, ha sido la nación mas fecunda en esta clase de fenómenos. Longomontanus, autor del tratado especial titulado: *Astronomia danica*, que de labrador se hizo uno de los mejores observadores de su tiempo, ayudando en sus trabajos á Tycho-Brahe; Feronce, jardinero del condestable de Lesdiguières, citado en la página 912 de la *Historia celeste de Tycho*; Crabtree, que en-





tre otras observaciones hizo la del paso de Venus, en 1639; Rembrandsz, de oficio zapatero, recibido por Descartes en el número de sus amigos, y defensor de Copérnico; Jordan, manguitero, mecánico y calculador sobresaliente de las efemérides anuales; Arnold, jornalero aldeano, que fué el primero en observar el cometa de 1683, y que descubrió el de 1686 ocho días antes que Hevelius, mereciendo por su celebridad fuese colocado su retrato despues de su muerte en la biblioteca de Leipzig; Heuhman, correo de Nuremberg; Pedro Anich, pastor tirolés, cuyo busto en mármol fué colocado en el museo psico-matemático del colegio

académico de jesuitas de Octing; Jorge Palitzsch, aldeano sajón, que precisó para mediados de abril de 1759 la reaparicion del cometa que había aparecido la última vez en 1682, y que se observó en Cádiz el 8 de abril; Luis Pons, conserje del observatorio de Marsella, y que descubrió el cometa que lleva su nombre, en 1818, y que conjeturó ser el mismo que se había ya visto en 1805, descubriendo hasta su muerte treinta y siete cometas; todos estos genios dedicados á la observacion del cielo, han salido de las clases mas humildes de la sociedad. Ninguna ciencia cuenta entre sus hombres mas célebres, un número tan considerable



Lección de astronomía, por José Wright.

de personas, que por su posición, parece que debieran estar completamente alejadas del cálculo profundo, del estudio asiduo que la astronomía exige.

Ved la mirada pensadora del maestro, la inteligente obervacion del trabajo de sus discípulos, la bondad de su fisonomía, la abstraccion del pensamiento; el discípulo le observa con la admiracion y el respeto que se tributan á la divinidad, y dirigiendo su vista alternativamente de la esfera celeste al semblante de su maestro, no sabe cuál admirar mas, si la armónica estructura de los cuerpos que pueblan el espacio, ó la maravillosa creacion revelada en aquel ce-

rebro, receptáculo y manantial de tan vasta inteligencia. La novedad del aparato esférico, llama la atencion de esos niños, y forma su gusto, que mañana se ha de convertir en aplicacion asidua. Al hombre no le es dado arrancar á la naturaleza todos sus secretos; pero el hombre trabajará incesantemente por aumentar el caudal de sus conocimientos, único origen de su felicidad en la tierra, progreso verdadero en la vida del hombre, aspiracion que constituye el término de su carrera. Esto es lo que representa el lindo cuadro cuya copia presentamos á nuestros lectores.





### LOS BAÑOS DE GASTEIN EN AUSTRIA.

Huyendo un ciervo herido de los crueles dientes de la jauría se precipita perdido en las aguas de Gastein. Corren triunfantes los cazadores: ¡es cogido: está muerto! Pero ¡oh mi-

lagro! El ciervo se lanza sobre la otra orilla, y regenerado, curado, mas vigoroso, mas ágil que nunca, desaparece bien pronto en la profundidad de los bosques.

Así se descubrió, dice la sencilla leyenda, la virtud todopoderosa de los baños de Gastein, conocidos ya de los romanos, elogiados por el gran Paracelso, y en donde en nuestros días cada año tres ó cuatro mil buenos alemanes, mezclados con algunos orgullosos ingleses, van á curarse infaliblemente de hipocondria, de parálisis, de zeitica, de



debilidad nerviosa, de vejez prematura, y de otros mil males ó alifafes, pero no de las afecciones del corazón.

Sumergid en esas maravillosas aguas alguna flor recuerdo del baile ó del viage, ajada, marchita, desecada, aplastada en vuestra cartera ó entre las hojas de vuestro libro de guía: la vereis moverse, encombarse con gracia, reunir sus hojas, redondearse, tomar color, revivir, en una palabra, y volver á coger su juventud, su frescura, su brillo, y convertirse casi en un naciente capullo, cual en la estación de la primavera cuando el mercenario jardinero la arrancó de su tallo.

Asegúrase, sin embargo, que estas aguas son ineficaces cuando se hallan frias: si se quiere que correspondan, en efecto, á su fama, es preciso que estén á lo menos un poco tibias. Esta es una buena razon para que los establecimientos de baños prosperen y hagan fortuna.

Mas de uno de nuestros lectores preguntará tal vez donde se hallan estas aguas de Juvencio. Sírvanse, pues, desplegar un mapa de Alemania, y hallarán la palabra Gastein en Austria, debajo de Salzburgo, entre Grat é Inspruck.

El valle de Gastein se halla comprendido en el círculo ó país de Salzburgo, subdivision administrativa de los países austriacos, que ocupa en su superficie ciento treinta mil cuadrados geométricos, y contiene una poblacion de ciento cuarenta y seis mil almas.

Ordinariamente por Salzburgo se va á los baños de Gastein. El paisaje que rodea este pueblo es admirable. «El que no ha visto á Nápoles debe al menos ver á Salzburgo,» ha dicho el ilustre Davy. El escocés Wilkie, tratando de espresar su entusiasmo nada ha encontrado mejor que esta definicion: «Salzburgo no es mas que el castillo de Edimburgo y la antigua ciudad transportada entre las gargantas austriacas y regadas por el Tay.»

La sola vista de los rios de la Salzach, que atraviesa la ciudad, y las altas cimas de Schlossberg, de Moenschberg, y de Capucineberg, bastan ya para curar las enfermedades del fastidio, cualesquiera que sean los nombres científicos que se les dé.

Se sale de Salzbuago, que tiene diez puertas, por la que se abre hácia el Sur; y se siguen las orillas graciosas del Salzach hasta la ciudad de Allein, célebre por sus minas de sal, cuyas largas galerías se estienden tan lejos en los costados del Durremberg. Se necesita un viage tenebroso de ocho dias para poderse recorrer de escala en escala, de piso en piso, de lago en lago, y por decirlo así de infierno en infierno, bastando apenas este tiempo para ver todas las curiosas y estrañas sinuosidades de la mina.

Cerca de Allein se levanta el Rosfeld con las ricas canteras de mármol. Mas allá se encuentra el antiguo castillo de Golling: la linda cascada de Schwarzbach; las rocas debajo de las cuales se abisma el Salzach: el Pas-Luég, desfiladero fortificado donde se han defendido heroicamente los tiroleses desde 1834 á 1838: el castillo de Hohenwerfen, fortaleza feudal de los de Salzburgo: San Juan de Schwarzbach, donde en 1731 los gefes de los treinta mil paisanos luteranos decidieron espatriarse todos antes que cambiar de creencia: el Lend, donde se explota el mineral de las minas de oro ó de plata inmediatas, se aleja del Salzach, y se sube al Sur el Gateiremach, siguiendo el pintoresco desfiladero de la Klamna. Pronto se ve desarrollarse delante de uno el gracioso valle de Gastein regado por el Acha, ro-

deado en casi todas partes por altísimas montañas donde se hallan sembradas diez y ocho ó veinte aldeas que por honor á sus baños jamás deberian sufrir los males ni enfermedades de nuestro pobre mundo.

Dos de estas aldeas se dividen el agua de siete manantiales benéficos que brotan puros y límpidos al pie del Graukejel. Estas aldeas son Wilbad-Gastein y Hof-Gastein, separadas una de otra por un lindo camino que se anda á pie en dos y media horas.

Wilbad-Gastein está cerca de los manantiales, y habia tenido solo el provecho de ellos hasta 1830; pero en esta época, la creciente afluencia de enfermos que no encontraban bastante alojamiento en sus ocho *hoteles* y sus quince ó diez y ocho casas, hizo que la administracion construyese un acueducto de madera de tres mil metros de largo, que transporta hoy una parte de las aguas hasta Hof-Gastein.

Aunque los paseos de esta última aldea son agradables y variados, se goza de un espectáculo mas hermoso todavía en Wilbad-Gastein, situado en la base misma del Graukejel, entre dos alturas aplanadas y atravesadas por el Acha, que baja por medio de las casas cual un espumoso torrente.

Desde mayo hasta octubre es extraordinaria la animacion de estas dos poblaciones. Todos los dias sillas de posta, cabalgatas, peones, llegan y salen; y frecuentemente familias enteras, que han olvidado el tomar con anticipacion un aposento, se ven obligados á retirarse hasta Allein, ó San Juan, para aguardar allí á que los enfermos curados de sus males ó de su curiosidad dejen vacíos algunos cuartos de los *hoteles* ó de las casas de los aldeanos. Casi siempre se bañan por la mañana á solas ó en comun: se come en mesa redonda hasta las doce y media, y se emplea el resto del dia, si el tiempo es bueno en pasear por el bosque, ó en hacer escursiones á las montañas vecinas. Son tan numerosos los sitios pintorescos que se puede cambiar fácilmente todos los dias durante un mes el punto de paseo sin verse jamás espuesto á engañarse. Si llueve, se encuentra para distraerse la conversacion, la música ó la lectura en los salones de los *hoteles*, que afortunadamente no están reducidos para enriquecerse á favorecer la detestable pasion del juego.

Un doctor inglés llamado Granville, ha escrito en un curioso é instructivo libro algunas páginas divertidas sobre los baños de Gastein. Hace un recuerdo semiserio del doctor Storch, que era en 1837 el médico ordinario de Gastein. Quejábase un dia una lady al doctor del desaseo de las casas.

—¿Por qué no emplean, decia, un poco de esta agua que tanto abunda alrededor de las casas en fregar su interior y quitar de ellas este mal olor?

—Perdonad, señora, respondió el doctor, que por nada en el mundo hubiera querido dar razon de una falta en una de las habitaciones de Wilbad-Gastein, perdonad, señora, eso no convendria; los malos olores son muy buenos contra epidemias: en las epidemias, señora, ya sabéis que hay un ácido, y este olor de que os quejáis es el alcali volátil que se combina con él, y destruye este ácido. Así esto es muy bueno para las epidemias.

Compréndese por lo demas con esta explicacion que el doctor no entendia tomar indiferentemente la defensa de toda especie de olor desagradable. Pretende el doctor inglés que el doctor austriaco era homeópata, y que le sucedia al-



guna vez olvidar su carácter de médico de los baños y erigirse de pronto en discípulo de Hannheman. Había venido una señora de Londres á Gastein para curarse de un mal que tenía en una rodilla. Tardaban las aguas en hacer su efecto.

—¡Ah! dijo el doctor: si madama quisiese solamente tomar dos gotas de arnica en una gruesa botella de esta agua, y beber una millonésima parte mientras se diese fricciones en la rodilla con el resto, la señora se curaría inmediatamente.

Cuando el doctor Granville visitó á Gastein comprobó que no había venido allí mas que un solo francés, un ruso, dos ó tres italianos, ningun español, una docena de ingleses, todos los demas bañistas eran austriacos, bávaros, prusianos ó sajones.

SANTOS GONZALEZ.

GRAN CISTERNA DE CONSTANTINOPLA.—Este depósito sin igual es debido á la magnificencia de los emperadores griegos. Su bóveda se halla sostenida por doscientas y una columnas dispuestas en círculo en dos filas. Una columna ocupa el centro de estos dos círculos, que son concéntricos.

## PRUD'HON.

Decimotercio y último hijo de un maestro albañil, que le dejó muy niño huérfano, Pedro Pablo Prud'hon nació en Cluni (Saona y Loira) el 6 de abril de 1760. Seguramente que no pueden mirarse siempre como signo infalible y decisivo las inclinaciones manifestadas en una edad muy tierna. Sin embargo, en Prud'hon el gusto, ó mas bien el instinto de las artes se desarrolló muy pronto con demasiada persistencia y energía para que fuese posible reconocer allí otra cosa mas que la imperiosa voz de una irresistible vocacion. Hallándose en el colegio de los benedictinos de Cluni, con ayuda de la pluma y una navaja satisfacía sus inclinaciones. Sus cuadernos se cubrieron de dibujos en donde ya se revelaba la imaginación, la viveza de sentimientos y la habilidad de la mano. Escultor precoz y de una nueva especie, en lugar de mármol trabajaba en pedazos de jabon blanco é hizo salir de ellos los relieves de la Pasión. Mas tarde se admiró él mismo de aquel testimonio de su talento naciente. Vefasele entonces combinar los medios mas ingeniosos para componer colores y fabricar pinceles. Por último, habiéndole observado un monge que jamás lograria imitar los cuadros de la iglesia de Cluni porque estaban al óleo, Prud'hon se prometió vencer aquel obstáculo y descubrió él solo el procedimiento que despues se atribuyó á la invencion de Juan de Brujes.

No se tardó en sentir la necesidad de dar á aquella rara inteligencia la única direccion que la convenia. En su consecuencia Prud'hon dejó el colegio y fué á Dijon donde recibió la iniciacion de los primeros principios de su arte. Había una oposicion cada tres años en aquella ciudad para optar á un gran premio de pintura, y el vencedor era enviado pensionado á Roma durante tres años. Nuestro jóven artista se presentó á aquel concurso con bien fundadas esperan-

zas de obtener la palma. Pero en una habitacion inmediata á la suya, uno de los contrincantes se disponia gimiendo á abandonar una empresa superior á sus fuerzas, cuando Prud'hon llegó hasta él y le concluyó su cuadro que fué premiado. Había, pues, sido vencido Prud'hon por él mismo y otro iba á recoger el fruto de su trabajo. Afortunadamente el otro, por una confesion casi tan noble como la generosidad de su rival, puso á los jueces en estado de reparar un error involuntario.

En la capital clásica de las bellas artes, por inclinacion de su espíritu, llegó Prud'hon á tomar por modelos á Rafael, Leonardo de Vinci, Andrea del Sarto, y, sobre todo, el Correggio. Contrajo íntima amistad en aquella época con el célebre Cánova que, atraído hacia el pintor francés por relaciones simpáticas de mas de una naturaleza, y animado del mas vivo deseo de retenerle en Roma, hizo todos sus esfuerzos para determinarle á una resolucion que su amigo, comprometido entonces en el vínculo del matrimonio, no se hallaba en libertad de adoptar. Volvió Prud'hon á ver la Francia en 1779. Pasaron muchos años durante los cuales permaneció casi en la oscuridad y tuvo que descender, para subsistir, á ocupaciones que podia creer inferiores á su talento. Tales eran los retratos en miniatura, dibujos que verificó llenos de gracia, de encanto y delicadeza con que enriqueció las obras de Bernar, Racine, de Hamilton, del Tasso, y Damis y Cloe. Al mismo tiempo, lejos de hallar en la muger que habia elegido desde que estudiaba en Dijon, el celo y consuelo que hubieran aligerado el embarazo que le causaba su familia, Prud'hon gemia víctima de todos los pesares domésticos. Una separacion y el afecto que le manifestó una de sus discípulas, la señorita Mayer, vinieron á poner fin á tantas penas. Libre en lo sucesivo Prud'hon de trabas, inquietudes y tormentos, cuando llegaba á los cuarenta y cinco años fué el momento en que comenzó el período mas brillante de su carrera. Citábanse ya entonces como notables producciones de aquel artista dos techos, de los que el uno fué colocado en el palacio de Saint Cloud y el otro en la sala de Diana en el museo del Louvre, representada esta diosa implorando á Júpiter. En la esposicion de pinturas de 1808 se admiró á su vez la alegoría del Juicio y la Venganza divina persiguiendo al Crímen, y el rapto de Psiquis por los Céfiros. Al lado de esta última composicion, que ponía de manifesto las cualidades ordinarias del talento de Prud'hon, á saber, lo bien entendido de los paños, el gusto de las ideas y ligereza aerea de los grupos, se veia otro cuadro que sorprendia á los inteligentes por la belleza que creian no era propia del pincel del artista. En 1812 puso en la esposicion de pinturas el cuadro de Venus, Adonis y el Céfiro jugando en un bosque. Psiquis solo puede disputar á Céfiro el primer lugar entre las producciones de aquel artista que desplegó sin duda mas gracia que fuerza, mas elegancia y gusto que elevacion y pureza, que no fué un dibujante perfecto, pero cuyas obras tan seductoras por la armonía del color respiran ademas un gusto, una suavidad, una finura que le han hecho llamar el Correggio de la Francia.

Aquellas brillantes creaciones valieron al artista recompensas tanto mas honrosas cuanto que iban á premiar el mérito modesto que no las buscaba. Nombrado miembro de la legion de honor en 1808 fue elegido Prud'hon para dar lecciones de pintura á la emperatriz María Luisa, que



bien pronto le encargó hacer el retrato del rey de Roma. Por último, en 1816 el Instituto le admitió en su seno. Tres años mas tarde presentó en la esposicion de pinturas una Asuncion que adorna al presente el altar de la capilla imperial de las Tullerías. Sonreía entonces á Prud'hon la felicidad y la fortuna; empero, un nuevo suceso, no menos cruel que inesperado, vino de repente á volverle á sumergir en las tinieblas del desaliento.

Presa de atroces sufrimientos, y sin sentirse con fuerza

para soportarlos, la [señorita Mayer se dió la muerte. Prud'hon quedó aterrado con aquella desgracia que no precedió mucho al término de su propia existencia. Tuvo, sin embargo, el valor de terminar un cuadro que la señorita Mayer dejaba bosquejado sobre el caballete y en el que se proponía pintar una familia pobre cuyo padre ya á exhalar el último suspiro. Este es el cuadro que reproducimos hoy por medio del grabado á la vista de nuestros lectores y que fué presentado en la esposicion de pinturas de 1821.



Últimos momentos de un padre —Cuadro bosquejado por la señorita Mayer y terminado por Prud'hon.

La impresion que causó este cuadro fué tanto mas profunda cuanto era sencilla la composicion y poético el asunto, contentándose Prud'hon con haber sido elocuente sin exageracion y sensible sin artificio. Otros dos cuadros se presentaron tambien en la esposicion de 1824. Andrómaca llorando a muerte de su hijo y una crucifixion; pero al ejecutar esta última obra tenia Prud'hon dentro de sí mismo el germen de la enfermedad que debía matarle. Con moribunda

mano trazó aquella poderosa verdad de la agonía de Cristo. El 16 de febrero de 1829, tres dias únicamente despues de haber acabado esta composicion, ya no existia Prud'hon.

Aparte de las grandes producciones que acabamos de citar, este artista ha dejado muchos escelentes retratos de los gustos mas difíciles, donde los aficionados han encontrado mucho que admirar.

FERNANDO BELTRAN.